

TLÁLOC Y LOS TLALOQUES EN LOS CÓDICOS DEL MÉXICO CENTRAL

JOSÉ ALCINA FRANCH

A Johanna Broda

El tema de Tláloc en el contexto de la religiosidad náhua clásica —mitología, ritual y magia— no puede decirse que sea un tema inédito; por el contrario y comenzando en los tiempos recientes por el estudio fundamental de Johanna Broda (1971), son muchos los autores que se han acercado, con una u otra orientación, a este tema, al parecer inagotable. Yo mismo me he ocupado de él en varios ensayos recientes (Alcina, 1990 ms. y 1994). De otra parte, aunque es evidente la frecuencia con que se aborda el tema de Tláloc en conjunto, no lo es tanto el que se refiere a los *tlaloques*. Al abordar una vez más el tema en esta ocasión, con la inevitable brevedad como requiere el caso, deseo hilvanar una serie de reflexiones e interpretaciones que al tomar como base iconográfica los códices, contribuyan a reforzar algunas ideas que tienen como referente a Tláloc y el Tlalocan, pero también y de manera preferente a los *tlaloques*.

Será conveniente comenzar por hacer, aunque sea brevemente una referencia al complejo problema de distinguir en el panteón mexicano lo que son personas de lo que significa la particularidad de funciones, tomando una cita de Alfredo López Austin (1990: 211-12) en la que usa como ejemplo, precisamente, a Tláloc y en la que dice:

Como creador, Tláloc lo fue de la Luna, del agua y de la lluvia. Fue también uno de los cuatro soles cosmogónicos que precedieron al actual y participó en la creación del Sol y de la Luna en Teotihuacán, ordenando a Nahui Técpatl que se arrojara a la hoguera en la que se transformaron éste y Nanáhuatl [...] se le ha visto como dios de la estructura del mundo, en su carácter de columna que separa la tierra de los cielos. Fue el donador de la lluvia, dios de la vegetación. Fue la parte invisible de enfermedades que atacó el mago con su conjuro.

Podemos sospechar la existencia de un mito en el que Tláloc fue divinidad dema, si nos basamos en el rito en el que su imagen hecha de semillas era desbaratada, tras lo cual se guardaban los dientes de pepita de calabaza y los ojos de frijoles grandes como simientes para el siguiente año. En calidad de fuerza temporal, Tláloc llegaba a la tierra en los días llamados *quiahuil*. Era un dios celeste, dueño del octavo cielo y el octavo de los 13 señores de los días. Era también uno de los 9 señores de la noche. Era el dios del inframundo y ha conservado como tal, hasta nuestros días, su figura de Chana, señor de la montaña, jefe de los muertos, dueño de la riqueza subterránea y de los animales salvajes. En la antigüedad fue dios del cerro —del Tlalocépetl— donde se aparecía a sus adoradores. Se encuentra en las fuentes como guardián de la milpa. Fue dios patrono de los habitantes del barrio de Yopico en la ciudad de México-Tenochtitlan. Se le atribuía haber sido hombre, gobernante divinizado de los gigantes o *quinametzin*. Y la lista de funciones pudiera alargarse.

En la larga enumeración que nos facilita López Austin, y de la que hemos suprimido todos los apoyos documentales y bibliográficos, hallamos algunas facetas a las que aludiremos más frecuentemente en las páginas que siguen; una de ellas es la consideración de Tláloc como dios del inframundo según se afirma en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* (Garibay, 1985: 30), es decir, como divinidad de la lluvia y el rayo pero cuyo nombre significa “camino debajo de la tierra” y “cueva larga” (Durán, 1967, 1: 81), lo que encaja mejor en la interpretación que hacen de él los curanderos de San Miguel Tzinacapan en la Sierra de Puebla (Knab, 1991).

Es importante retener del estudio de Tim J. Knab la idea de que: “*Talocan* es un concepto o más bien un mundo conceptual alrededor del cual se organiza la vida cotidiana de la comunidad que requiere un diálogo constante de lo natural y lo sobrenatural” (Knab, 1991: 56) y en la cual la tradición indígena se combina con la tradición cristiana impuesta desde la conquista especialmente en el día en que culmina tal relación: el 29 de septiembre, la fiesta más grande del pueblo, la del agresivo Santiago “mata-moros” o “mata-indios” que impedirá que los habitantes del *Talocan* se adueñen del ámbito de encima de la tierra *in talticpac*.

Lo que nos interesa ahora, sin embargo, es fijar las categorías de los habitantes del inframundo, lo que implica abordar el tema de la “pluralidad” de los seres sobrenaturales: dioses, potadores del mundo, duendes o espíritus múltiples de una misma y única divinidad. Si *Talocan* es, como hemos dicho, un mundo conceptual, *Taloc* no es

tanto un habitante del inframundo como el inframundo mismo. Una presentación jerarquizada del “orden social” del inframundo incluirá en primer lugar, la dualidad *Tláloc-Chalchiuhtlicue* clásicos o *taloc* y *taloc melaw* que viven en la presidencia del Talocan en San Miguel.

Los que se hallan por debajo de *Tláloc*, con su valor bisexual en el nivel más alto, pueden ser los “dioscillos de la lluvia (*tlaloque* o *quiquiyauhtin*), los dueños de las aguas (*ahuaque*) [...] los dioscillos (*tepictoton*) de los cerros, las culebras (*cocoa*) y además los... dioses del pulque (*centzontotochtin*)” (Carrasco, 1979: 12).

En el caso de los habitantes del *Talocan* de San Miguel se dice que los “duendes parecen un poco más chicos que la mayoría de los San Miguelenses, pero los Señores de *talocan* son mucho más grandes” (Knab, 1991: 52). Esa diferencia de tamaño nos sugiere que acaso el nivel jerárquico inmediatamente inferior al de *Tláloc* y *Chalchiuhtlicue* podría ser el de los *tlaloques* relacionados con los cuatro rumbos del universo, tal como los representados en una famosa *caja sagrada* del Museo Nacional de Antropología de México (Krickeberg, 1961: lám. 46). Quizás estos cuatro tlaques son aquellos de los que conocemos sus nombres individuales: *Opochtli*, *Nappatecuhtli*, *Yauhqueme* y *Tomiauhtecuhtli* (Nicholson, 1971: 232).

En la mitología de los duendes o seres sobrenaturales más pequeños del *Talocan* de San Miguel aún cabe hacer una última clasificación: aquellos que pueden vivir en la superficie de la tierra *in talticpac* y los que solamente existen en el inframundo, *in talocan*. Entre los primeros se hallan los “dueños” de ciertos fenómenos naturales como los *kiryawtiome*, que son los rayos o los *mixtime*, que son las nubes. Hay también los que se hallan en todos los lados como los *alpixque* y los *ahuane*, que se identifican con el agua. Finalmente los seres o duendes subordinados a los Señores son los *taloques*, los *talocanca*, etcétera (Knab, 1991: 52-53).

No es fácil comprender por qué en los textos clásicos se habla de innumerables dioses del pulque (*centzon totochtin*), serpientes de nube (*centzon mimixcoa*) o dioses del sur (*centzon uitznahua*) y sin embargo no se emplea la expresión de “cuatrocientos” (*centzon*), para los tlaques, a pesar de su casi identificación con los dioses del pulque y de su carácter casi infinito (Broda, 1971: 254-55).

La identificación más común de los tlaques es con los cerros o montes, pero en segundo lugar con las cuevas, las fuentes y los ríos, ya que los cerros no solamente son los lugares donde se acumulan las nubes al comienzo de la temporada de lluvias y, por consiguiente, donde se producen éstas, precedidas de rayos y truenos, sino que constituyen los

reservorios del agua de donde manan las fuentes que originan los ríos (Durán, 1967, I: 165-66; sec. 1, cap. 18 y Torquemada, 1976, III: 78; VI, cap. 23). Los sacrificios de niños iniciaban así el culto a los cerros cuando la sequía se prolongaba más de lo habitual, pero ese culto continuaba durante todo el año en santuarios permanentes, cuyos restos arqueológicos aún subsisten (Broda, 1971, 1983 y 1991). La deificación de las montañas queda reflejada en algunos códices como el *Vindobonensis* en el que se aprecia al menos una imagen en la que el propio cerro reproduce la imagen de Tláloc (González-Olmedo, 1990: 120, fig. 16).

La asociación de los *tlaloques* con los cerros como lugar de nubes y de lluvia, pero también con su vientre fecundo como lugar de donde nace el maíz y todas las plantas que sirven de alimento hace confluir las variedades de maíz: blanco (*iztactlaolli*), amarillo (*cuzticlatolli*), colorado (*xiuhtlaolli*) y negro (*yauhtlaolli*) (Gispert, 1992: 150), con los tloques azules, blancos, amarillos y rojos que según el *Códice Borbónico* [23, 29, 30, 31 y 32] eran los dueños originales del maíz y de los demás alimentos (Broda, 1991: 472). De ahí que la asociación de los *tepeyolohtli*, "corazón del cerro", esos seres de color azul que viven en el interior de las montañas (*tépetl*), según los nahuas de Huatusco, Córdoba y Zongolica, en Veracruz, con los tloques mexica (Broda, 1991: 470) tengan su correlato con los rumbos del mundo y los diversos colores del maíz, tal como se representaban en el ídolo del templo de Tláloc en Tezcoco, según Pomar (1964: 165), según el cual "había de todas las semillas de las que usan y se mantienen los naturales, como era maíz blanco, negro, colorado y amarillo, o frijoles de muchos géneros y colores..." etcétera.

La asociación de los tloques con los cerros, lomas, cumbres, cuevas, fuentes, lagunas y pozos es muy general en toda Mesoamérica: la hallamos entre los zapotecos (Alcina, 1993: 112 y 120-21), los tlapanecos (Broda, 1991: 40), los tzotziles de Larrainzar (*Ibidem*) e incluso los pipiles de El Salvador (*Ibidem*: 471).

El glifo "quiahuil"

El rostro de Tláloc aparece en el código *Tonalámatl* de Aubin, de manera más o menos abreviada un total de 92 veces en la serie de los signos de los días, en la de los 13 señores del día, los 9 señores de la noche y en dos series de volátiles acompañantes: las del pavo o *uaxotl* y la del águila rayada o *itzquauhtli*. El modelo que se repite a mayor o

menor tamaño es el de un rostro pintado de negro con un ojo estelar rodeado por la típica anteojera pintada en azul; el labio sinuoso como serpiente, también en azul; los tres o cuatro colmillos en una boca agnática; la corona con plumas y, en algún caso, el adorno de papel plisado en la nuca. El rostro suele estar dibujado mirando hacia la izquierda, salvo en una ocasión en que se ha representado frontalmente (*tonalámaitl Aubin*, 11). En otro caso, igualmente excepcional, el rostro de Tláloc sirve de adorno en el tocado de la figura de *Tepeyollotli*, o “Corazón del Monte” (*Tonalámaitl*, 20), lo que confirma la identidad, o al menos el parentesco entre ambas figuras míticas.

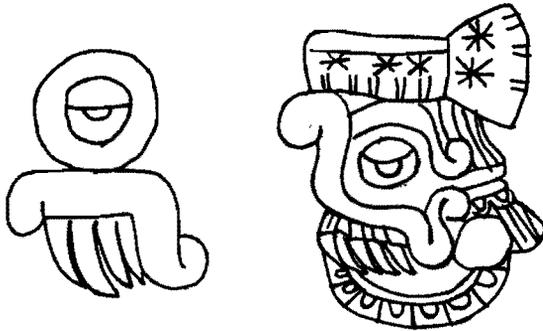


Fig. 1. El glifo “quiahuitl” y la imagen de Tláloc



Fig. 2. Imágenes de Tláloc del *Tonalamaitl de Aubin*

Posiblemente no hay ningún códice como el *Tonalámatl de Aubin* que concentre un mayor número de glifos representando el rostro de Tláloc. Sin embargo el único que aparece en el *Magliabecchiano* (11) y los más numerosos que se dibujaron en el tonalpohualli del *Códice Tudela* (99r a 125r) corresponden al mismo modelo antes descrito: ojo con mancha roja con anteojera y ceja; labio ondulado, encía roja y colmillos, etcétera. Por último en el *Códice Borbónico* se representa a Tláloc de manera parecida, pero se le añaden los brazos de un personaje totalmente humanizado.

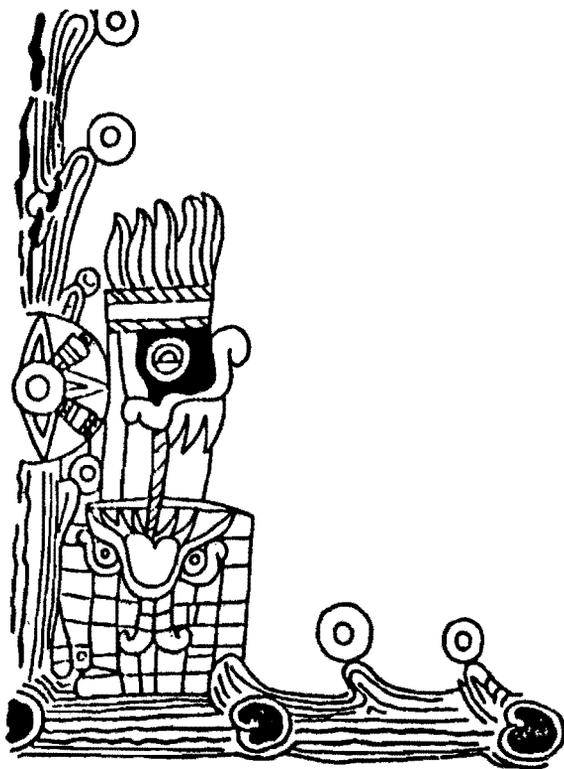


Fig. 3. *Tlalchitonatiuh* del *Tonalámatl de Aubin* (16)

Como sugiere Carmen Aguilera (1985) el signo *quiahuil* que se representa con una imagen de Tláloc, según el modelo antes descrito (*Magliabecchiano*, 11) podría quedar “abreviado” mediante un ojo con anteojera, mostacho y colmillos, tal como ocurre en numerosas páginas del *Nuttall*. En realidad ese “glifo” es uno de los que aparece

con más frecuencia en multitud de seres y representaciones —tanto en códices como en relieves y esculturas— que tienen en común el estar directa o indirectamente relacionados con el inframundo, por lo que, para mí, desde una perspectiva iconográfica, viene a ser un “adjetivo” que califica de “inframundo” al personaje en cuya representación aparece.

La primera referencia a tener en cuenta para interpretar el glifo sería el mito que reproduce la *Histoyre du Mèchique*, según el cual los dioses “Quetzalcóatl y Tezcatlipuca bajaron del cielo a la diosa Tlaltecuhli, la cual estaba llena por todas las coyunturas de ojos y de bocas, con las que mordía como bestia salvaje” (Garibay, 1985: 108). Esa imagen de Tlaltecuhli, la hallamos fielmente reproducida en numerosos relieves en los que se ve a ese dios-diosa, generalmente en la base de otras esculturas, con bocas agnáticas en codos y rodillas y ocasionalmente en los talones u otras articulaciones o coyunturas de sus cuerpos. Sin embargo, ese “glifo” aparece también en otras esculturas y relieves que aparentemente representan a *Coyolxauhqui*, *Coatllicue* u otras divinidades. Pero, además, tenemos el testimonio de José de Acosta quien al describir una ceremonia de *incineración*, dice que “salía luego un sacerdote vestido con unos atavíos de demonio, con bocas por todas las coyunturas y muchos ojos de espejuelos, con un gran palo y con él revolvió todas aquellas cenizas con gran ánimo y desnudo” (Acosta, 1986: 328; lib. v, cap. 8).

Por último, este glifo, *quiahuitl*, o boca agnática aparece en dos versiones en la representación de dos *Tzitzimime*, en los códices *Magliabecchiano* (76) y *Tudela* (46). Ambas figuras tienen garras de águila en pies y manos, llevan banderas del sacrificio en la cabeza, collar y corona de manos y corazones y las bocas en las coyunturas. Teniendo en cuenta lo que tienen en común todas las figuras mencionadas es por lo que defendemos la interpretación antes indicada de que tales bocas agnáticas son meros adjetivos calificativos que designan el carácter inframundano o terrestre de las figuras en las que aparecen.

No debemos olvidar, sin embargo, que, como decíamos, este glifo, *quiahuitl*, es una abreviatura del rostro de Tláloc, tal como aparece en el *Magliabecchiano*, pero también en el tonalpohualli de otros códices como el *Tonalámatl de Aubin*, el *Tudela*, etcétera. En definitiva esas bocas agnáticas representan a Tláloc como dios terrestre, o como “cueva”, por la que se alcanza el río de las nueve corrientes, o las aguas subterráneas que corresponden al “agua primordial”, sobre la que flotaría la tierra, “cipactli” o *Tlaltecuhli*. En el mito del origen terrestre antes mencionado se dice que para compensar a *Tlaltecuhli*, de los

daños que le habían causado Tezcatlipoca y Quetzalcóatl, “ordenaron que de ella saliese todo el fruto necesario para la vida del hombre [. . .], hicieron de sus cabellos, árboles y flores y yerbas; de su piel la yerba muy menuda y florecillas; de los ojos, pozos y fuentes y pequeñas cuevas; de la boca ríos y cavernas grandes; de la nariz valles y montañas” (Garibay, 1985: 108).

Por último, no hay que olvidar que algunos autores, como Alvarado Tezozomoc, confunden a los *tzitzimime* con los *tlaloque*, al decir que aportaban la lluvia, las aguas, las tormentas y los rayos; pero en realidad, “parece que los guerreros muertos, las estrellas, los *tzitzimime*, los portadores del cielo, los *tlaloque* y los dioses del viento pueden confundirse” (Graulich, 1987: 260).

Independientemente de las imágenes del glifo *quiahuatl* o boca agnática que, como hemos visto, se reproduce en numerosas esculturas, relieves y códices, cabría interpretar también como tales a algunas de las representaciones del *técpatl* o cuchillo sagrado con rostro. Me refiero en concreto a aquellos cuchillos que han sido decorados con un ojo —en ocasiones con ceja— y boca agnática con tres o cuatro colmillos. El modelo que se repite en múltiples esculturas y relieves aparece, por ejemplo, en el *Teocalli de la Guerra Sagrada* y entre los dientes de algunas representaciones de Tlaltecuhli. Tales cuchillos a cuya más oscura interpretación nos referiremos en otra ocasión, podrían representar también la boca agnática o glifo *quiahuatl* a que nos estamos refiriendo en estas páginas, como símbolo de Tláloc o los Tlaloques.

La imagen del rostro de Tláloc en el *tonalpoahualli* del *Código Cospi* (págs. 1 a 8), pese a las variaciones que menciona con detalle Carmen Aguilera (1988: 27-28, 35-36, 38 y 57) tiene algunos rasgos muy característicos que prestan a la figura de este dios un cierto carácter unitario. La imagen del rostro de Tláloc que aparece entre los veinte signos de los días, como *quiahuatl*, “lluvia” y como noveno señor de la noche, ofrece un rostro de perfil en negro, con el característico ojo, pero con los labios muy humos y sin los característicos colmillos, lo que difiere bastante de la imagen más común y característica del dios en el *Tonalámatl Aubin*, por ejemplo y en otros códices. Destaca, por el contrario, un rasgo muy específico en el tocado: un ojo estelar y un adorno que parece la terminación de la *Xiuhcóatl*, Serpiente de Fuego o signo del año.

Sustituyendo a algunas imágenes de Tláloc como Señor de la noche, aparece un símbolo que representa “un palillo sobre el que se ve una forma blanca con dos franjas negras que termina en una cinta negra

ondulante" (Aguilera, 1988: 36) que para Seler (1960: 344) es la imagen del rayo.

Por último, las dos veces que es representado Tláloc en la serie de los "regentes" del tonalpohualli (columnas 3 y 47) aparece siempre de cuerpo entero. En ambos casos se representa a la divinidad con el cuerpo pintado de negro y esta vez sí, con el labio de perfil draconiano con los característicos colmillos, en un caso con el mismo tocado que los otros glifos y en ambos casos con rayos en las dos manos.

Pese a algunas características que tienden a una "europeización" de la imagen de Tláloc, lo que yo destacaría más es el hecho de la identificación de este Tláloc con la figura de Xiuhtecuhtli, como dios del fuego y del inframundo: el símbolo del año o de la xiuhcōatl, el ojo estelar e incluso la forma aparentemente descendente en la columna 3 (superior) de la serie de los regentes pero que en mi opinión sigue el modelo de varias imágenes de Itzpapálotl o Tlaltecuhli "descendentes" (Alcina, 1993), parecen reforzar la idea de Tláloc como dios terrestre y/o del Rayo, dios fundamentalmente inframundano.

Lo que ordinariamente llamamos "los mostachos de Tláloc" es, probablemente, lo más característico de la divinidad, precisamente como dios terrestre o inframundano. Frontalmente —la imagen más común— y sin mandíbula inferior es, con toda seguridad la imagen de la cueva, tal como aparece en el glifo tépetl. Sin embargo, en las representaciones de Tláloc en los códices, lo más frecuente es ver al dios de perfil y, por lo tanto, la boca igualmente de perfil: en este caso, el labio superior se levanta en forma de interrogante, diseño que se suele emplear para dibujar la boca de un dragón o serpiente, miras la parte inferior suele quedar abierta para que se aprecien bien los largos colmillos.

En alguna ocasión, como en el caso del *Borgia* (22) ese diseño aislado y a gran tamaño viene a ser el símbolo del "monstruo de la tierra" del que surge una fuente o río de agua. La identificación, por lo tanto, de Tlaltecuhli y Tláloc se produce también en este caso, aunque las fauces de Tlaltecuhli no se hallan en su posición habitual, mirando al cielo, sino como entrada a una cueva. En el mismo *Borgia* (14) hallamos un maxilar superior en la boca de un templo en la representación de Tepeyolotl, como octavo señor nocturno, lo que refuerza asimismo la identificación de Tláloc y Tepeyolotl, "corazón del monte". Por añadidura, en ambas representaciones se aprecian las rayas cruzadas y los círculos de los dioses acuáticos y terrestres (Heyden, 1984: 26).

Tlalchitonatiuh

Una última forma en que aparece la figura de Tláloc en los códices del México Central es la que conocemos con el nombre de Tlalchitonatiuh, lo que se traduce como “el sol que asciende de la tierra o descende a la tierra” (Gutiérrez Solana, 1990: 24). Se conocen cuatro representaciones de este complejo glífico en los códices *Tonalámatl Aubin*, 16; *Borbónico*, 16; *Vaticano A*, 46 y *Telleriano Remensis*, 20.

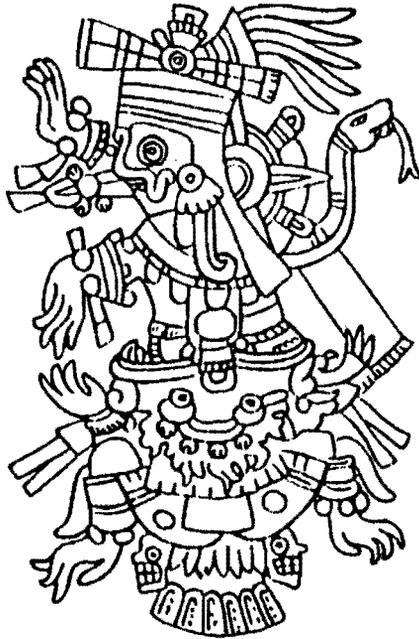


Fig. 4. *Tlalchitonatiuh* del *Códice Telleriano-Remensis* (20)

En el *Vaticano A*, el comentario en español dice lo siguiente:

Esto significa entre la Luz y las tinieblas, lo que nosotros llamamos crepúsculo y así pintan esta figura de la redondez de la tierra como un hombre que tiene sobre la espalda al sol y bajo los pies la noche y la muerte, dando a entender que cuando el sol va a morir, va a calentar e iluminar a los muertos.

Los elementos iconográficos fundamentales son tres: 1) imagen de Tlaltecuhltli; 2) imagen de Tláloc y 3) disco solar. La imagen de Tlal-

tecuhltli corresponde a variantes del tipo del “Monstruo de la Tierra” representado como sapo en perspectiva dorsal y con las fauces enteramente abiertas con ojos a ambos lados y grandes colmillos. El ejemplo del *Telleriano Remensis* es posiblemente la más parecida a algunos relieves, indicando brazos, piernas, faldellín y cráneos anexos. El caso del *Tonalámatl Aubin*, por el contrario, es probablemente la formulación más abstracta. En este último códice sin embargo, la imagen de Tláloc es, indudablemente, la que ofrece menos variantes respecto de la forma más clásica de la divinidad: anteojeras azules, labio curvado de perfil y tres grandes colmillos en una imagen siempre de perfil. Por último el disco solar puede situarse a la espalda del personaje que es Tláloc, o bien en otro lugar; en todo caso, la asociación Tláloc-Tonalámatl-Tlaltecuhltli es una asociación muy fuerte que define típicamente a Tlalchitonatiuh.

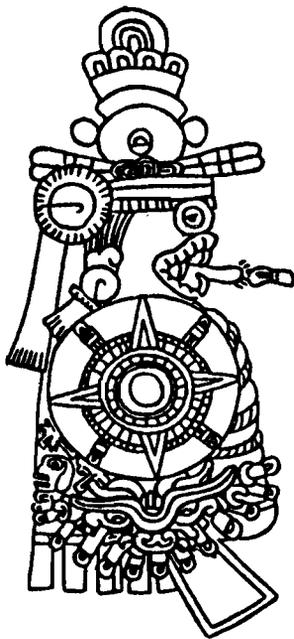


Fig. 5. *Tlalchitonatiuh* del *Códice Borbónico* (16)

En esa triple asociación, la de Tláloc-Tlaltecuhltli es bien conocida, especialmente en la serie de relieves, colocados generalmente, en la base de algunas esculturas, lo que ha dado lugar a múltiples comentarios (Alcina, 1990ms. y Gutiérrez Solana, 1990). Por el contrario la aso-



Fig. 6. Tlaloc con el cetro serpentiforme. *Códice Borbónico* (7)

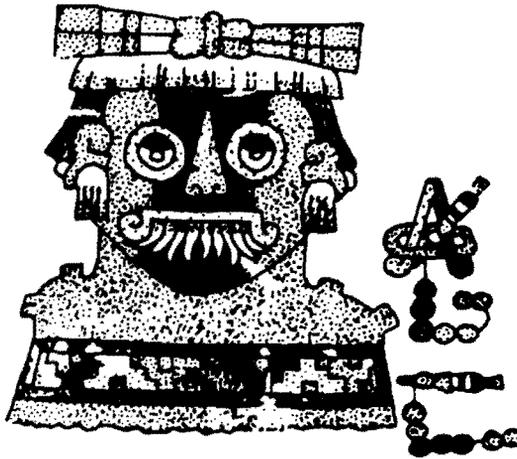


Fig. 7. Cerro con máscara de Tlaloc. *Códice Vindobonensis*.

ciación del “disco solar” con Tlaloc es muy poco frecuente. También lo es la significación de *atardecer* o *crepúsculo*, tal como lo indica el comentario del *Códice Vaticano A*. En cualquier caso, corroborando

el mencionado comentario la situación del complejo Tlalchitonatiuh en el lado izquierdo de la imagen, que podría representar el Oeste estaría indicando el acto de morir o de ser engullido el Sol por el agujero por el que se desciende al inframundo. La figura de Tláloc-Tlaltecuhli estaría significando esas fauces que engullen a los muertos, en este caso el Sol.

En el *Código Borbónico*, la imagen de Tláloc es sustituida por la de *Xólotl*, el perro que acompaña al sol durante su periplo nocturno y reaparece por el Este, al amanecer.

Todas estas imágenes aparecen en la representación de la fiesta del mes xvi *Atemoztli*, "bajada de las aguas" (11 al 30 de diciembre) y, por lo tanto, pertenece al solsticio de invierno y al cuadrante SE. y E. que está dominado por Tláloc (Carrasco, 1979: 58). La "bajada de las aguas" representa la primera aparición de las lluvias, tras el periodo de "secas".

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, José de, *Historia natural y moral de las Indias*, Madrid, Historia 1986 ria 16, Crónicas de América: 34
- AGUILERA, Carmen, "Reconstrucción de la policromía de Coyolxauhqui", 1985 *De la Historia. Homenaje a Gurría Lacroix*: México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 45, 65.
- 1988 *Código Cospi. Calendario messicano 4093. Biblioteca Universitaria de Bolonia*, México, Gobierno del Estado de Puebla, INAH, SEP.
- ALCINA FRANCH, José, El agua primordial entre los mexica. *Homenaje a* 1990 *Ignacio Bernal*, México, INAH (en prensa).
- 1993a "Cielo e inframundo en la cosmovisión mexica: análisis iconográfico", *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, vol. 1, nº 2: 13-29.
- 1993b *Calendario y religión entre los Zapotecos*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas.
- 1994 "La imagen doble de Tlaltecuhli-Tláloc del Templo Mayor de México", *Homenaje al Prof. Antonio Bonet*, Madrid, vol. 1:111-122.
- BRODA, Johanna, "Las fiestas aztecas de los dioses de la lluvia", *Revista* 1971 *Española de Antropología Americana*, Madrid, vol. 6:245-328.

- 1983 "Ciclos agrícolas en el culto: un problema de la correlación del calendario mexica", en: *Calendars in Mesoamerica and Perú. Native American computations of time*, Oxford (Aveni-Brotherston eds.), BAR International Series: 174.
- 1991 "Cosmovisión y observación de la naturaleza: el ejemplo del culto de los cerros en Mesoamérica", en: *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica* (Broda-Iwanaszewski-Maupomé eds.): México, 461-500.
- CARRASCO, Pedro, "Las fiestas de los meses mexicanos", *Homenaje al Dr. 1979a Paul Kirchhoff*, México, 52-60.
- 1979b "Las bases sociales del politeísmo mexicano: los dioses tutelares". *Actes du XLIIe. Congrès International des Américanistes*, París, vol. VI: 11-17.
- Codex Borbónico, Códice Borbónico, Manuscrito mexicano de la Biblioteca 1979 del Palais Bourbon*, México, Siglo XXI.
- Codex Borgia, Comentarios al Códice Borgia* (E. Seler ed.), 3 vols., Mé- 1963 xico, Fondo de Cultura Económica.
- Codex Cospi, Códice Cospi. Calendario Messicano 4093*, Biblioteca Uni- 1988 versitaria de Bolonia, C. Aguilera ed., México, Gobierno del Estado de Puebla, SEP, INAH, Centro Regional de Puebla.
- Códex Fejérváry-Mayer, Tonalámatl de los Pochtecas (Códice Mesoame- 1985 ricano "Fejérváry-Mayer")*, M. León-Portilla, ed., México, Celanese Mexicana, S. A.
- Codex Ixtlilxóchitl, Codex Ixtlilxóchitl*, J. Durand-Forest ed., Akademische 1976 Druck und Verlagsanstalt, Gráz.
- Codex Magliabecchiano, The Codex Magliabecchiano and the lost proto- 1983 type of the Magliabecchiano group*, E. H. Boone, ed., University of California Press, Berkeley, CA.
- Codex Nuttall, The Codex Nuttall: a picture manuscript from ancient 1975 México*, Dover Publication, New York.
- Codex Tonalámatl Aubin, El Tonalámatl de la Colección de Aubin*, C. 1981 Aguilera ed., México, Tlaxcala, Códices y Manuscritos.
- Codex Tudela, Códice Tudela*, J. Tudela ed., Madrid, Ediciones de Cul- 1980 tura Hisánica, ICI.
- Codex Vaticanus 3773, Codex Vaticanus 3773*, F. Anders ed., Akademis- 1972 che Druck und Verlagsanstalt Gráz.
- Codex Veitia, Códice Veitia. Modos que tenían los indios para celebrar 1986 sus fiestas en tiempos de la gentilidad*, J. Alcina ed., Madrid, Testimonio-Patrimonio Nacional.

- DURÁN, Fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme*, Edición de A. M. Garibay, 2 vols., México, Porrúa, 1967.
- GARIBAY, Ángel María (ed), *Teogonía e Historia de los Mexicanos, Tres opúsculos del siglo XVI*, 4ª ed., México, Editorial Porrúa, S. A. (‘‘Sepan cuantos...’’ n° 37), 1985.
- GISPERT, Montserrat, ‘‘El tianquitz de México Tlatelolco. Una aproximación etnobotánica’’, *Azteca-Mexica*, Alcina-León-Portilla-Matos eds., Madrid, 147-152., 1992.
- GONZÁLEZ, Carlos J. y Bertina Olmedo, *Esculturas Mezcala en el Templo Mayor*, México, INAH, Colección Divulgación, 1990.
- GRAULICH, Michel, *Mythes et rituels du Mexique ancien préhispanique*, 1987 Academie Royale Belgique. Mémoires de la Classe des Lettres, LXVII-3, Bruselas.
- GUTIÉRREZ SOLANA, Nelly, ‘‘Relieve del Templo Mayor con Tlálóc Tlattecuhtli y Tlálóc’’, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Estéticas, 61:15-27., 1990.
- HEYDEN, DORIS, ‘‘Las anteojerías serpentina de Tlálóc’’, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México. UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 17, 23-32., 1984.
- KNAB, Tim. J., Geografía del inframundo. *Estudios de Cultura Náhuatl*, 1991 México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 21: 31-57.
- KRICKEBERG, Walter, *Las antiguas culturas mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Los mitos del tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*, México. Alianza Editorial Mexicana, 1990.
- NICHOLSON, H. B., ‘‘The Religious-Ritual System of Late Pre-Hispanic Central México’’, *Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanistenkongresses*, München, vol. III: 223-238., 1971.
- POMAR, Juan Bautista de, ‘‘Relación de Tezcoco’’, en *Poesía Náhuatl*, 1964 A. M. Garibay ed., México, UNAM, [1582], Instituto de Investigaciones Históricas, I: 149-219.
- SELER, Eduardo, ‘‘Códice Cospi. Manuscrito jeroglífico mexicano de Bolivia’’, *Globus*, vol. 77:323-25., 1900.
- TORQUEMADA, Fray Juan de, *Monarquía Indiana*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975.

